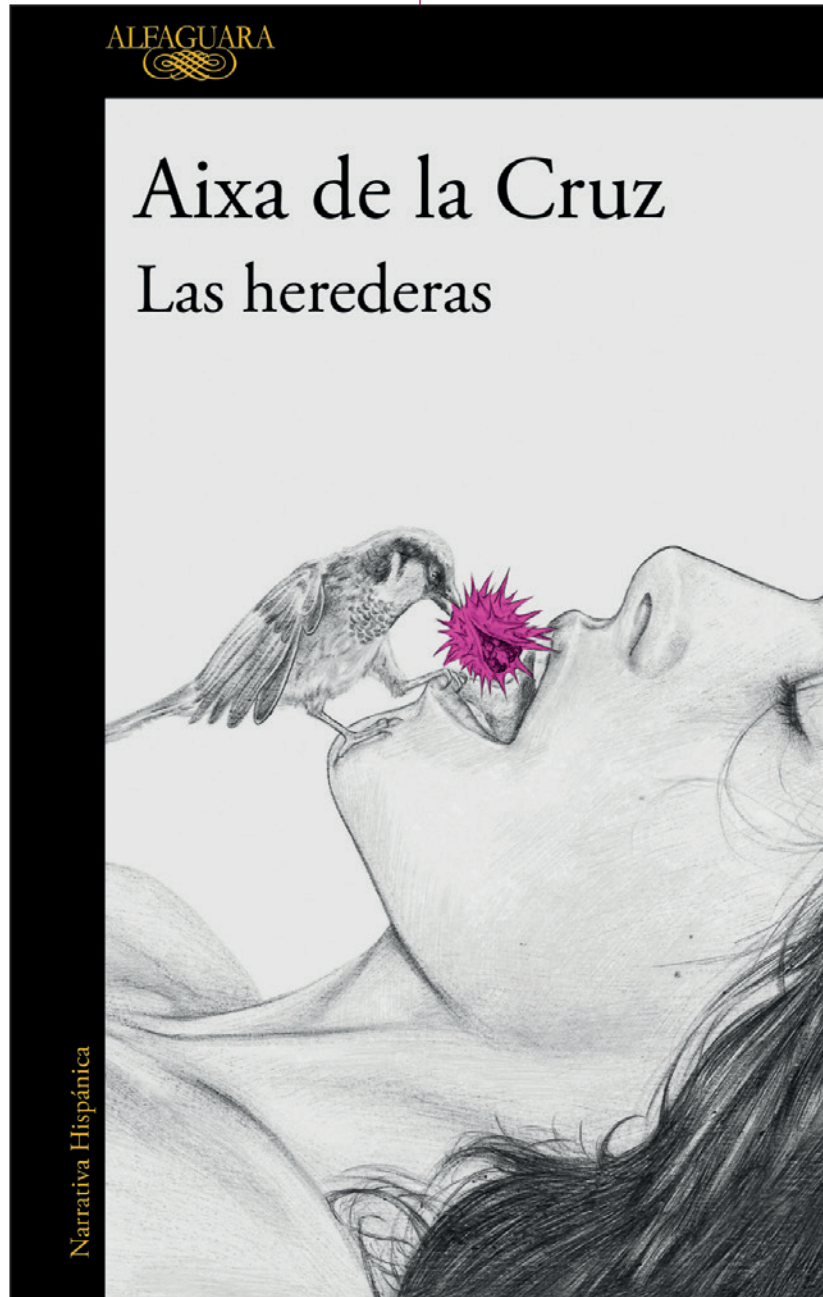




Guía de lectura



Penguin **Club de lectura**

SINOPSIS

«Parece que un suicidio en la familia constata lo que siempre se sospecha, que la locura corre en los genes, que estamos bíblicamente perdidas. [...]. Si estamos locas, sostiene, será porque nos han enloquecido».

Hace seis meses que la abuela Carmen se suicidó, y nadie ha sabido aún por qué. Ahora, sus cuatro nietas vuelven a la casa del pueblo en la que murió y que ellas han heredado.

Esa reunión familiar de las cuatro herederas, jóvenes mujeres que, por distintas razones, viven prisioneras de sus obsesiones y debilidades, despierta un aluvión de recuerdos y situaciones en las que se hacen patentes todos los secretos, individuales y familiares. La enorme casa, amiga y enemiga, trae a la memoria de las protagonistas los largos veranos en el pueblo, los «baños en agua fría en el pilón», las «moras explosivas y sangrientas del árbol junto al cementerio,

los paseos en bici»; pero también es una farmacia rural que esconde la desbordada colección de pastillas y medicamentos de la abuela, un ecosistema vivo de energías oscuras que empuja a las herederas a preguntarse con miedo si la locura es una enfermedad genética que las mujeres de su familia también heredan.

Nora, la urbanita desastre, que trabaja como periodista autónoma, lleva una vida hiperactiva y sin futuro, empachada de drogas que usa para aguantar la presión en el trabajo y luego para olvidarse de todo, mezclándolas con alcohol, cuando sale de fiesta. Consciente de que está abusando de su cuerpo, ve en la herencia la oportunidad de poner punto final a esa vida precaria y alienante.

Por su parte Olivia, su hermana mayor, se pelea con sus propios fantasmas: la relación con su hermana, a quien considera una yonqui fracasada; y la necesidad de racionalizar las enfermedades —mentales y físicas— de la familia después de la muerte del padre, causada por un fallo cardíaco, que la empujó a estudiar medicina para redimir su culpa: diagnosticarle a la abuela lo que no pudo diagnosticar a su padre.

Mientras tanto Lis, prima de Nora y Olivia, recuerda la crisis psicótica que sufrió en esa misma casa: su hijo Peter, apenas un bebé, se escondió jugando tras las cortinas, y cuando salió ella vio que ya no era Peter, que alguien lo había suplantado. Lis se medica, mantiene a raya su locura, su avería, con pastillas. Deja que todos la dirijan: Jaime, padre ausente y marido controlador, su prima Olivia, que siempre la analiza y la diag-

nostica; y el lado más «cuerdo» de sí misma.

Por último, está Erica, hermana de Lis, y la más soñadora y *new age* de las primas, convencida de que esta casa es su gran oportunidad de cambiar de vida, quizá instalándose allí y viviendo de organizar retiros holísticos y paseos botánicos. Descubrir los nombres y usos de las plantas que crecen por todo el pueblo y leer el futuro en las cartas de tarot que le dejó su abuela le parecen un plan de vida tan realista como otro cualquiera.

Reflexionando fuera de la lógica impuesta, Nora descubre que doña Carmen ha consumido sustancias psicotrópicas para sus visiones, incluso estando embarazada de su padre. Los hombres de la familia no estaban malditos: solo tenían una enfermedad congénita, y la abuela, al final de su vida, ya enferma y consciente de lo que se avecinaba, decidió acabar con su vida.

Incluso Olivia, la racional, la representación del orden familiar, se convierte en un oráculo después de haber ingerido involuntariamente el estramonio que Nora, Peter y Erica recogieron durante un paseo por el campo.

Bajo el efecto alucinógeno del estramonio, Olivia se desdobra, muestra su naturaleza especular («hay dos Olivias: la visitante y la residente») y la intuición se potencia al máximo, tanto que llega a deducir que Erica está embarazada; la prueba de embarazo posterior lo confirma. Erica no recuerda cómo ha podido pasar, solo sospecha que ha sido víctima de una violación bajo el efecto de las

drogas, y está decidida a abortar. Durante los minutos que preceden la confirmación de la prueba de embarazo, Lis, ahora pletórica, calmada y dueña de sí misma, avisa a su hermana de que a partir de ese momento Peter se llamará Sebas —al parecer, el nombre del niño que aparece en unas fotos antiguas que Lis ha encontrado en una casa abandonada del pueblo—. Como en un sueño, las reglas de la realidad que conocían —o que creían que debían seguir— se invierten. El orden que las ataba a una realidad impuesta encuentra una escapatoria hacia lo imprevisible y lo extraño.

Por su parte, Nora, que está decidida a desintoxicarse, se cita con Rober, su *camello*, que quiere proponerle utilizar la casa como almacén para su *mercancía*; si bien en un principio ella tiene dudas, también ve que ese dinero fácil le permitiría cuidar de Lis, Peter y Erica, a quien Olivia intenta convencer para que no aborte.

Finalmente, tres de ellas se quedan en la casa, liberadas, desatadas. El acorralamiento institucional ha terminado. Olivia, en cambio, consciente de que su forma de ser no encaja en el oasis mágico que puede llegar a crear su familia, les entrega las llaves de la casa. Su trabajo ha acabado.

«—Qué hago con esto. Qué se hace con esto.

—No siempre hay que hacer algo. No todo es productivo».

Con un estilo frenético y alucinante, pero a la vez riguroso y realista, *Las he-*

rederas se configura como un grito contra el horror del diagnóstico y de la psiquiatría como forma de violencia institucional.

Evocando a voces literarias como la de Mariana Enríquez y Cristina Morales, pero también la magia poética de los grandes maestros sobre los secretos que se desvelan con palabras (de Carlos Fuentes a Samantha Schweblin, de Virginia Woolf a Joan Didion, pasando por Jonathan Lethem), Aixa de la Cruz escribe una historia poderosa donde explora una generación tocada de muerte por las profecías autocumplidas que etiquetan y alienan al individuo; y lo hace avalándose con las premisas del pensamiento mágico, sin olvidar que todo lo humano, al fin y al cabo, es real. ¿Quién no tiene hermanas, primas, casa en el pueblo, una abuela medio chiflada o maravillosa?, ¿quién no ha soñado alguna vez con dejarlo todo, con fugarse?, ¿quién no se ha pasado media juventud tratando de no quedarse embarazada y la otra media tratando de ser madre?

Con fúnebre delicadeza, en un *crescendo* donde no pasa nada, pero pasa de todo —no hay nada más normal—, la autora infunde en sus herederas una santidad animal, una vuelta a la intuición profunda que acaba con sus viejas representaciones; la casa sanciona un antes y un después, y Nora, Lis, Erica y Olivia renacen como seres nuevos, brujas metafísicas destinadas a cambiar, al menos, su propia existencia: «Vamos a ser una explosión demográfica. Espero que nos lo perdonen».

LAS HEREDERAS

NORA: es la que más vive al límite. Trabaja como periodista *freelance* y vive al día, con cien euros en la cuenta del banco, entre plazos imposibles, drogas, alcohol y fiestas, y jugando con el riesgo constante de una sobredosis. Su relación con las drogas funciona en cadena: siempre intenta suplir alguna carencia con otra, así que abusa de los tranquilizantes cuando tiene crisis de abstinencia, a pesar de que encuentre ridículo quitarse una droga con otra, «ridículo y bancario, como recapitalizar la deuda». Es la que más reflexiona sobre los aspectos sociales y las repercusiones que el sistema tiene en la vida de cada una, sobre todo, sobre la suya y la de Lis, que «ha pagado el peaje», manera en que se refiere a la prisión medicinal en la que la han encerrado después del brote. Aunque es consciente de que el abuso de sustancias depende en parte de la hiperproductividad capitalista —largas horas de trabajo precario y fechas de entrega imposibles para ganar un dinero que se cobra horas de vida («Después de todo, su corazón tiene un límite. Y su cerebro tiene un límite muy frágil. Mucho más de lo que imaginaba. Lo descubrió hace poco, durante el último pico de trabajo antes de las vacaciones —y es que siempre hay picos, picos y depresiones, pero jamás mesetas—. Tras varias noches de insomnio encadenadas con desayunos de anfetaminas, algo se rompió en alguno de esos lugares blandos y oscuros donde anidan los desechos de la memoria.»)—, sufre por no cumplir con estas expectativas y con las de su hermana. En la casa, en la que quiere quedarse a vivir porque le han subido el precio del alquiler en la ciudad, empieza a notar la necesidad de corregir la atrofia a la que el abuso y la adicción la han empujado, la zombificación de la «Nora sobria», a la que se opone la «Noria eufórica y maníaca», una dualidad que, por otras razones, tienen todas las herederas.

Nora es lo opuesto a Olivia y a la Lis pre-psicótica, a las hermanas que se consideran la encarnación del orden familiar (la primera, cardióloga, «estudiaba mientras las demás enloquecían»; la segunda, esposa y madre). Siempre se ha llevado mejor con Erica. Nora es también el personaje que paradójicamente compensa la irrealidad de las premisas del pensamiento mágico: como buena conocedora de todas las sustancias legales e ilegales que se pasean por el texto, sabe ponerles nombre a todos los efectos secundarios de las drogas y los medicamen-

tos; es la racionalidad eufórica. Finalmente, cuando parece que la desintoxicación está funcionando, se convierte, dentro de la dinámica familiar, en cuidadora, aunque sea a costa de aceptar un trato muy cuestionable guardando la droga que vende su amigo Rober. No se escapa del capitalismo, pero encuentra su dimensión «lógica» fuera de él («Si estamos locas, sostiene, será porque nos han enloquecido»).

OLIVIA: cardióloga de profesión, destaca por su carácter controlador con las demás herederas y por su actitud castradora, de madre conservadora fallida. En su condición de cuidadora, busca y necesita el control, que pasa por la visión crítica y la revisión, de ahí su obsesión por encontrar la razón por la que la abuela se ha suicidado, contrariamente a su hermana Nora que, hacia el final de la novela, reconoce que sencillamente no sabe por qué las personas se suicidan.

La competición constante con su hermana Nora, a la que considera una bala perdida y cuyos intereses ha heredado de ella, como la pasión de Nora hacia las letras, viene de los celos causados por las reprimendas de la madre, que parecían más severa con ella. Olivia es una alquimista de las emociones de los demás, llena de sufrimientos físicos, como dolores crónicos y episodios de parálisis del sueño, y mentales, como su necesidad de reparar una culpa histórica y convertirse en cardióloga. Es la razón pura, la ausencia de impulsos, que enterró después de un leve despertar sexual y que seguramente trató de esconder en su edad adulta —cuando era pequeña, se escabullía a la biblioteca de la casa por las noches para leer novelas eróticas o contemplar el cuerpo desnudo de su prima Lis—. Curiosamente, a pesar de sus ansias racionales, comprender la muerte de la abuela supone para ella no tanto una forma de honrar a la difunta, sino de dar sentido a sus propios miedos.

A pesar de su temperamento duro y autoritario, Olivia también tiene su reverso, que surge cuando prueba accidentalmente el estramonio y se convierte en un oráculo; como bien explica Nora durante la experiencia adivinatoria de su hermana, el efecto de la droga excita la intuición y así es como consigue atar cabos y entender que Erica está embarazada. Sin embargo, después de esta experiencia Olivia no parece ser la misma: sin quererlo, se ha convertido en esa abuela de cuya muerte busca una explicación; la racional es la visionaria. Finalmente, acepta a su familia tal y como es y decide entregar a Nora, Lis y Erica las llaves de la casa, es decir, su parte de la herencia.

ERICA: es la «chamana» que cree en los poderes ocultos de la naturaleza, en el espiritismo y en la filosofía *new age*. Erica es el espejo de su hermana Lis, la otra cara de la moneda: la excentricidad aceptable que, por tener explicación, no se ha

institucionalizado con la fuerza, como en cambio ha pasado con la locura de Lis. Sin embargo, como ella, Erica habla de «energías oscuras» que permean la casa, y su actitud precavida recuerda al instinto de huida del animal acorralado.

Erica intenta constantemente anticiparse a las reacciones de su hermana para no alterarla, sobre todo, en lo que concierne a Peter-Sebas, hijo de Lis y sobrino suyo, de la misma forma que Lis siempre está dándole vueltas a la mejor compostura lingüística y física que debería adoptar para no tener el aspecto de una loca. Ella adora a su sobrino Peter y el instinto maternal hacia él se revela como una premonición cuando descubre que está embarazada, se sospecha, a causa de una violación. En un principio, Erica quiere abortar con una infusión de ruda, sobre todo porque le inquieta no conocer la identidad del padre y, por ende, parte de la identidad genética del futuro hijo.

LIS: Representa a la figura de la madre. Sufrió un brote psicótico en esa misma casa. Desde entonces, vive dentro de una jaula de imposibilidades e imposiciones, de control lingüístico y mental, ejercido, sobre todo, por su marido, Jaime, antes padre y marido ausente y ahora verdugo que la chantajea con llevarse al niño si no se toma la medicación. Representa la contención total del sujeto etiquetado y capitalizado que poco a poco empieza a despertarse: «Yo vivo drogada precisamente para que no me quiten al niño».

Es el personaje cuya evolución es más evidente, cuyo flujo, por obsesivo que parezca —el control autoimpuesto, el cuidado en el uso de la palabra o del gesto— desvela todo lo no dicho sobre su supuesta locura: una mujer sola, sin ningún tipo de apoyo emocional, durante y después del embarazo, sobre la cual ejercen de forma más asfixiante la violencia psiquiátrica institucional y contra quien la histeria se ha utilizado como arma acusatoria para definir tendenciosamente su estado de ánimo. Todo ello ha potenciado la idea de que no sea una buena madre cuando, en realidad, es muy probable que haya sufrido de depresión postparto y que su hijo sea un niño especialmente problemático. Peter, por el contrario, es muy cariñoso con su tía Erica, hecho que retroalimenta los miedos de Lis.

Como Nora, es esclava de las sustancias que la mantienen a raya, que la hacen normal, que la alejan del territorio de lo extraño y, sobre todo, que la atan a la vigilancia de su marido, Jaime. Sin embargo, en la casa, Lis empieza a tomar conciencia de su propio estado mental y emocional y, a pesar de que tenga otro episodio psicótico —de ahora en adelante, Peter se llamará Sebas—, intuye lo que Nora lleva pensado desde siempre: que parte de su locura surge de las exigencias externas, «porque el nivel de responsabilidad y entrega que se exige hoy en día a los cuidadores es trasunto de lo que se les exige, al mismo tiempo, en sus empresas».

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. *Las herederas* es una novela coral cuyo arranque argumental, el suicidio de la abuela Carmen, sirve para introducir uno de los temas principales de la novela: el de la salud mental. ¿Cómo trata este tema la autora?
2. De hecho, las cuatro protagonistas temen que la locura sea una enfermedad genética que las mujeres de su familia heredan como si se tratara de un destino trágico del que no pueden escapar; sin embargo, en la pág. 19, leemos: «Si estamos locas, sostiene, será porque nos han enloquecido». ¿Qué opináis?
3. En esta novela la realidad de lo que sucede no está clara. Al mismo tiempo, la narración es lógica y realista. ¿Cómo describiríais el estilo de la autora? ¿Qué función tiene el pensamiento mágico dentro de la novela?
4. ¿Qué os parecen las cuatro protagonistas? ¿Encontráis que Olivia, Nora, Lis y Erica son personajes bien conseguidos y realistas?
5. Nora se droga; Lis necesita tranquilizantes para mantener a raya su enfermedad mental; Erica cree en las teorías holísticas y *new age* y también usa remedios botánicos.... ¿Qué función tienen las drogas, los fármacos y las sustancias naturales en el desarrollo del argumento?
6. ¿Y Olivia? Se trata del personaje más racional y autoritario, la que «estudiaba mientras las demás enloquecían»; ¿cuál creéis que es el rol de este personaje?

7. La casa del pueblo, amiga y enemiga, trae a la memoria de las protagonistas los largos veranos en el pueblo y los recuerdos familiares; pero también es una farmacia rural que esconde la desbordada colección de pastillas y medicamentos de la abuela. ¿Qué opináis de la ambientación? ¿Consideráis que está bien conseguida?
8. Todas las protagonistas tienen que enfrentarse a sus propios monstruos y debilidades, ajustar cuentas con sus vidas. ¿Cuáles creéis que son las batallas de cada una?
9. Una de las figuras que más destacan en la novela es Lis, el personaje que más evoluciona y madura; después del brote, ejercen sobre ella la forma más asfixiante de violencia psiquiátrica institucional y vive con miedo de que le quiten a su hijo. ¿Qué os parece este personaje? ¿Y la decisión a la que llega al final?
10. En general, ¿consideráis que la enfermedad mental está estigmatizada en nuestra sociedad?
11. Antes hablábamos de los fantasmas de cada una de las protagonistas. Ampliando el tema, podríamos decir que en esta novela las relaciones parecen juegos de espejos: las cuatro protagonistas son muy diferentes entre ellas, pero a la vez comparten similitudes. ¿Qué opináis?
12. Además del tema de la salud mental, de la novela brotan un sinfín de temáticas: la relación entre hermanas, la relación maternofamiliar, la hiperproductividad capitalista, la violación, el aborto, etc. ¿Cómo creéis que trata la autora estos temas? ¿Consigue incorporarlos de forma natural en la novela?

13. Otro tema latente, pero que vertebra toda la narración, es el de la reivindicación del control de la mujer sobre su propio cuerpo y, sobre todo, su mente, tema que remite a la maternidad de Lis: «Recuerda la angustia de su hermana por la posibilidad de traer un hijo de genealogía deforme al mundo, un hijo sin padre, un hijo sin mito, y le duele no haber sido capaz de transmitirle lo que sabe. Que un niño con padre es un niño con carga, un futuro de pleitos y chantajes, la peor de las noticias. A ella también le dijeron que hacerlo sola era imposible, y tenían razón, es imposible, porque el nivel de responsabilidad y entrega que se exige hoy en día a los cuidadores es trasunto de lo que se les exige, al mismo tiempo, en sus empresas»; ¿qué opináis de esta reflexión?
14. ¿Creéis que esta novela puede considerarse un retrato realista de nuestra sociedad?
15. El estilo de la autora es frenético, alucinado y a la vez lúcido y riguroso, juega con la realidad y la magia, se escapa por las ramas narrativas de lo imprevisible y lo extraño. ¿Os ha recordado a otras autoras?
16. *Las herederas* parece una novela rural, pero toca temas duros y actuales como la salud mental y plantea la agresividad de psiquiatría, añadiendo a todo ello una pizca de brujería. ¿Cómo creéis que se inserta dentro del auge de nuevas literaturas en femenino?
17. ¿Pensáis que existe una aplicación de la psiquiatría agresiva que se puede entender como violencia institucional? ¿Hay un abuso de recetas farmacológicas en detrimento del estudiar el bienestar mental desde otras perspectivas? ¿Creéis que esta violencia, si existe, se ejerce sobre todo hacia la mujer?
18. ¿Cómo creéis que trata la autora el tema del pensamiento mágico? ¿Cómo lo definiríais?

LA AUTORA



© Aixa de la Cruz

AIXA DE LA CRUZ (Bilbao, 1988) es licenciada en Filología Inglesa, doctora en Teoría de la Literatura y Literatura Comparada y escritora. Ha publicado las novelas *Cuando fuimos los mejores* (2007), *De música ligera* (2009), *La línea del frente* (2017) y *Cambiar de idea* (2019), ganadora de los premios Euskadi de Literatura 2020 y Librotea Tapado, finalista del XV Premio Dulce Chacón y reconocida por el suplemento *Babelia* como

uno de los diez mejores libros del año 2019. Es también autora del libro de relatos *Modelos animales* (Salto de Página) y del ensayo *Diccionario en guerra* (2018). Ha colaborado con diversas publicaciones como *Babelia - El País*, *La Marea* o *Vogue* y escribe una columna mensual en el periódico *Bilbao*, además de dar clases de escritura creativa. Su obra ha sido traducida al inglés, al italiano y al portugués.